

¡Santiago y tierra España!

Este era el grito de guerra que lanzaban nuestros heroicos antepasados al pelear las batallas de la Religión y de la Patria; este, el grito que simboliza por modo acabado y espléndido toda la manera de ser, la especial naturaleza, la idiosincrasia de la España antigua, de la España tradicional, de aquella España en cuyos dominios jamás se ponía el sol, de aquel magnánimo y valiente pueblo que cobijó bajo los pliegues de su bandera augusta y gloriosa, los pueblos todos de la redondez del orbe. Y cuando sus valerosos tercios acometían en Flandes y en Bizancio, en Nápoles y en Granada, en Méjico y en el Perú, aquellas colosales empresas que excitaban hoy nuestra admiración más entusiasta, y que nos parecen magníficas y poderosas epopeyas en las que se inscribían con caracteres indelebles todo el vigor, toda la fortaleza y la religiosidad súma del pueblo ibero, ¡Santiago y tierra España! era el talismán misterioso que coronaba los esfuerzos de sus pujantes brazos, de sus corazones briosos, sin que hubiera empresa, por erizada de dificultades que se presentara, que arredrase á aquellos héroes que vivían la vida de la Religión y de la Patria.

Perdida la fe que tan grandes nos hizo antaño, extinguido el fuego sagrado y purísimo del amor patrio, lógica consecuencia de la irreligiosidad á al menos de la indiferencia en que vivimos, lleno de concupiscencias y de apetitos, como pueblo que no tiene más ideales que el vivir la vida de la materia, la vida innoble y asquerosa de las pasiones impuras y de los compadrazgos bastardos, todo, absolutamente todo corrompido en los tiempos modernos, en los días que atravesamos, es necesario que los buenos católicos, aquellos que conservan incólume la fe de sus mayores y levantan en su corazón un altar donde queman odorífero incienso en honor de las grandes é inmaculadas tradiciones españolas, se armen de todas armas y con el grito de guerra tradicional en nuestra raza, acometan, lanza en ristre, á tantos mentecatos y danzantes que han precipitado á nuestro pueblo en la más ignominiosa degradación.

¡Santiago y tierra España! contra esa política en que la virtud y el mérito gimen tendidos en los lechos de la miseria á donde los tienen encadenados esos vividores de oficio que se llaman políticos, donde los tiene atados el favoritismo inmundado, colectivo ó individual, que todo lo corroe y asfixia, que hace de los necios, doctores, de los esclavos, señores, de los intrigantes,

colosos y eleva hasta las nubes al que ayer se arrastraba por el lodo.

¡Santiago y tierra España! contra esa Prensa desenfrenada, que no es luz purísima que alumbrá al hombre para que vaya por los derroteros de la moralidad y de la honradez, que no es cátedra de enseñanza ni voz que se levanta para recordarnos nuestros deberes, sino espejo ustorio que absorbe en su foco todas las impurezas de la vida y que las reparte entre sus lectores atosigando sus espíritus y envenenando sus conciencias.

¡Santiago y tierra España! contra el causante de todos los males que lamentamos lo mismo en el orden religioso que en el político y social, el funesto liberalismo que infiltra su venenoso virus lo mismo en los gobiernos doctrinarios ó conservadores que en los francamente liberales ó demócratas y que, una vez que consiguió adormecer la fe religiosa en el corazón de nuestro pueblo extinguió en su corazón el fuego del amor á la Patria. ¡A ellos, católicos españoles! que de nuestros labios salga vibrante y poderoso el grito de guerra español y veréis acorrallarse el enemigo, temblar poseído de pavor, y rendir sus armas; á ellos queda la victoria es nuestra.

(De «El Correo de Galicia»)

Al Apóstol Santiago

SÚPLICA RIMADA

¡Oh glorioso Santiago!
mira atento nuestros males
y en todo tiempo y lugar
¡libranos de liberales!»

Mira á tu patria querida
luchar por sus ideales,
y gritar todos á coro:
«¡libranos, etc., etc.»

Cuando luchan los partidos
que se llaman radicales,
y la fe quieren quitarnos,
¡libranos...»

Como súplica final,
te elevamos los mortales;
que para salvar á España,
«¡libranos...»

ANTONIO ESPINAR JIMÉNEZ

Solo dos testamentos recientes ha n dado en Madrid más de cuarenta millones de pesetas para obras benéficas.

Con sólo que á esos benéficos testadores se les hubiese ocurrido siquiera dedicar el diezmo de esa cantidad para la Grande Obra de la buena Prensa, habríamos tenido un capital que nos permitiría dedicar perpetuamente todos los años más de 40.000 duros de renta á beneficio de la Prensa Católica.

Con una renta como esa, la Agencia Católica de información podría ofrecer á nuestros periódicos doble información que los periódicos liberales de Madrid.

¡Y que no haya ricos de talento que piensen esas cosas!

(De «El Iris de Paz»)

¡SALVANOS!

Una grandiosa manifestación, reunió en Madrid católicos de todas las regiones como ola inefable de la Fe que llegó con su acción bienhechora á nuestra Patria para extenderla luego á todo el mundo.

Indispensable es que esta ola crezca y adquiera impulsos sobrehumanos, porque la revolucionaria y antisocial avanzan allanando eminencias y destruyendo diques, siendo tan enorme su impulso y tanto lo que se le tolera, que resulta ya muy difícil enfrentarla solo con humanos medios, medios que, según todas las apariencias, tampoco se le oponen.

De aquí que avance, invada, arrolle, domine y se haga dueña de todo y á todo se atreva; de que á su empuje se estreñezcan instituciones seculares de que sus bramidos resuenen lo mismo en Francia que en Rusia, en Inglaterra que en Italia, en Portugal que en España y que en toda la tierra, y que amenace á esta con su azote.

Pueblos, naciones, instituciones, civilización, cultura, adelantos, sobre todo caerá la ola de la revolución cual lluvia de fuego, porque todo está impuro, impuro como un Pentápolis.

La sociedad siente que el suelo se estreñece bajo sus plantas, que la electricidad se acumula sobre su cabeza... y no saliendo de su embriaguez ni renunciando á sus errores, ni abandonando sus deleites, contempla embrutecida ó entontecida el fatídico letreo que traza con negros y rojos caracteres, la mano societaria, la mano que agita como arma destructora lo mismo la huelga que el boicotaje, la bomba que la tea, el saqueo que el asesinato, según á sus impulsores convenga.

Odio, pasiones, oscuridad, por doquier... menos en el campo de las creencias, en las filas católicas, en el ejército de la cruz, que tiene horizontes llenos de luz y de esperanza.

Por eso, cuando políticos y estadistas, sociólogos y gobernantes, reyes y presidentes de república miran con recelo y ya hasta con espanto: los chispazos antisociales prolegómenos de la gran hecatombe antisocial que conmovió al mundo, los católicos levantan los ojos á las regiones celestes de donde vendrá toda salvación, y se congregan en Madrid para orar ante el Dios de la Eucaristía, diciéndole:

—(Señor, salva á la sociedad, salva á España, ¡salvanos!

(Antes de hablar la prensa alemana.)

Chillerto francés, insultos, amenazas... ¡Nos comemos á España, nos la comemos si continúa en Larachel!

(La prensa germánica escribe á favor de España.)

El chillerto francés baja de diapason... Las diferencias entre España y Francia se resolverán en conversación amistosa.

¡Tableau!
Telón rápido.

CON ALEMANIA

Alemania calla, estudia, espera y cuando lo cree oportuno obra, cogiendo siempre desprevenido á quien quiere sorprender.

De este modo, en la cuestión de Marruecos, ha contrarrestado y contrarrestado los planes de su amiga Francia puesta de acuerdo con su no menos amiga Inglaterra.

Cuando ésta y la flamante república determinaron poco menos que el reparto del Imperio, Alemania calló, estudió, esperó y, cuando le juzgó oportuno, el Kaiser presentó en Tánger declarando al Imperio intangible.

Cuando Francia, juzgándose árbitra de Marruecos, avanzaba por él, gobernaba en él, y se enfurecía porque España no le abandonaba la zona donde, con perfectísimo derecho ejerce su acción, Alemania, que había callado, estudiado y esperado, desembarca sus tropas en Marruecos, y sin que la autoricen tratados, sin historia ni tradiciones que á Marruecos la lleven, sin decir siquiera «agua ya», en Marruecos se encuentra, no ejerciendo funciones de policía, sino enarbolando bandera de soberana en el sitio que le ha convenido ocupar.

Con lo cual dice á Francia:

—Ya no es sólo España (á la que creyendo débil insultas) la nación con quien tienes que entendértelas. Ya somos tres en Marruecos, tú, España y yo.

No tenemos que ponderar la sorpresa y el coraje, debidamente comprimidos, que el paso de Alemania ha despertado en Francia.

Conferencias del Presidente de la república con el jefe del Gobierno, de éste con los ministros, del ministro de Relaciones exteriores con el embajador alemán, del embajador inglés con el germano, del francés con el ministro de España... Trabajo en balde.

Por mucho que se reúnan los diplomáticos franceses, por mucho que cabildéen, hablen y escriban, lo que callando, estudiando y esperando una oportunidad ha hecho Alemania, hecho se queda.

Dice Francia que seguirá una política pacifista.

No necesitamos que lo asegure para creerlo. ¡Se trata de Alemania...!

Cuando era España... ¡Sangre y guillotina! ¡Había que impedir su acción por todos los medios!